



# Imágenes encontradas bajo la almohada de Ludwig Zeller

53

Después de una noche  
de tormenta eléctrica

ERNESTO LUMBRERAS

Para S.W y L.Z

**E**ra necesario entrar al sueño con una antorcha apagada, con tijeras y pegamento, con una doncella vestida tan solo con medias de seda blanca, oh pudor de sacristanes, ajustadas a unas piernas de gacela en el momento de saltar al vacío. Preguntando a tarántulas y relojes descompuestos pude llegar (*amaneciendo en los espejos y anocheciendo en el mundo*) a un pueblo que los lunáticos y los desposados con un cuchillo nombran (*con espuma azul en los labios*) como Huayapam. Muerto de soñar una cena con mis muertos, dormí (*bajo un puente nada pontificio*) unas cuantas horas sabiendo que las cartas estaban echadas; desde un lejano día que por pureza de sangre aún conservo dentro de un frasco de alcohol con escorpiones, se me reveló de golpe (*con un estruendo de armadura cayendo por una escalera*) la cita apremiante con el guardián de *Los engranajes del encantamiento*.

Despertado por una calenda de relámpagos, criado y compinche del insomnio (*ese granuja que se pasea en cueros por la catedral de nuestros buenos modales*) me encaminé al callejón donde la luna construye una casa. Era indispensable no llamar a la puerta ni tocar la campanilla con pulso de calavera de azúcar. Era inevitable meter los ladridos de los perros en un costal de marinero en tierra y esperar el instante preciso (*que sabemos inexistente aunque la eternidad tenga otra opinión*) y convertido en polen de mariposa entrar por el ojo de la cerradura buscando el “plop, plop” de un grifo que gotea (*contra su voluntad ciertamente*) para pedirle consejo sobre los hábitos matinales del poeta.

Amaneció entonces en el recién estrenado camposanto de rayos y centellas. Alucinada como un trébol hallado entre las páginas de *Nadja*, la luz entró a la recámara (*mentiría si dijera de puntillas*) y con una pinzas de herrero levantó una a una las sesenta y seis pestañas del vate de Río Loa. Lo que apareció después (*no estás para saberlo lector de de urracas en el desierto*) sólo lo sabe la lavandera que hace un minuto desnudó la almohada de soñar mujeres sonámbulas caminando sobre la cuerda de un violín tocado (*también hace un minuto*) por un dios menor energúmeno y tierno al que conviene tener de nuestro lado. 